

Lorena Córdoba (editora). *Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente Boliviano*. 408 páginas. Santa Cruz de la Sierra: Solidar / Suiza-CIHA, 2015

La publicación del volumen *Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente Boliviano*, editado por la antropóloga argentina Lorena Córdoba, se inserta en el surco del renovado interés por una fase histórica, la del llamado “boom” del caucho, que durante décadas había sido en parte olvidada y descuidada, permaneciendo alejada de la atención de muchos investigadores. El libro presenta, por primera vez traducidos al castellano, los testimonios memoriales de dos trabajadores caucheros originarios de Suiza que permanecieron en la región de la selva boliviana en los años de su juventud, a comienzos del siglo pasado.

El primero de los dos textos se titula “Cazadores de caucho en la selva” y fue escrito por Franz Ritz en 1933, según la fecha que el mismo autor inserta al final de su obra, mientras el segundo es obra de Ernst Leutenegger y tiene como título “Gente en la selva. Vivencias de un suizo en Bolivia”, publicado en 1940. Las traducciones del alemán para esta edición han sido realizadas por Gudrun Birk y Ángel García. Como explica Córdoba en el esmerado estudio introductorio, los datos biográficos sobre los dos autores son escasos, en particular sobre Ritz, del que se sabe muy poco además de las informaciones que él mismo proporciona en su libro. Las etapas de la vida de Leutenegger, en cambio, son más conocidas, ya que, después de la fase descrita en “Gente en la selva”, el suizo se casó con una de las hijas del mayor empresario cauchero boliviano: Nicolás Suárez Callaú, famoso también por su

colaboración con el conocido “rey del caucho” peruano Carlos Fermín Fitzcarrald.

De la misma manera que en las regiones amazónicas de Brasil, Perú y Colombia, también en la zona nororiental de Bolivia se vivió –entre finales del siglo XIX y los primeros años del siglo XX– una fase de profunda explotación de varios tipos de gomas silvestres, comúnmente reunidos bajo el genérico nombre de “caucho”, entre los cuales el más valioso ypreciado era el que se extraía de los árboles de *Hevea brasiliensis* –conocido como “shiringa” en Brasil, “jebe fino” en Perú o simplemente “goma brasileña” en Bolivia.

El interés occidental por estos productos se debía, en manera particular, al desarrollo de las tecnologías y al florecimiento de actividades industriales ligadas a la invención de las llantas neumáticas, que causaron un enorme incremento de la demanda de gomas y el progresivo aumento de su precio. Una verdadera “fiebre” por el nuevo oro negro empujó a los gobiernos nacionales (tanto en Perú y Brasil, como en Bolivia) a facilitar el ingreso de compañías y empresarios a regiones que todavía formaban parte de los Estados sólo de manera puramente formal, para el aprovechamiento de este importante recurso. De esta forma, el enésimo “El Dorado” atraía hacia los bosques amazónicos grandes contingentes de hombres provenientes de todo el mundo, que perseguían la ilusión de una fácil riqueza en el trabajo de extracción de la resina. Las experiencias de Franz Ritz y Ernst Leutenegger, sin embargo, demuestran cuan quimérica fue esa esperanza, ya que los dos, como subraya Córdoba, al momento de su regreso a Suiza después de muchos años en la selva tienen tan solo “la riqueza de la experiencia vivida pero [ni] un centavo” (29).

Como ya ha sido señalado por estudiosos de la amazonía, en toda la cuenca del Amazonas y de sus afluentes, se vino a crear una sociedad profundamente estratificada (Fernando Santos Granero y Frederica Barclay, *La frontera domesticada. Historia económica y social de Loreto 1850-2000*. Lima: PUCP, 2002), una estructura “dendrítica” o piramidal (Andrew Gray, “Introducción: Las atrocidades del Putumayo reexaminadas”, en Carlos Rey de Castro et al. *La defensa de los caucheros*. Iquitos: CETA, 2005. 15-50) que se basaba en una larga cadena de acreedores y deudores. En la cumbre de esta pirámide se encontraban las grandes empresas comerciales –propiedad de unos pocos capitalistas de origen europeo en cuyas manos se concentraban inmensas riquezas– y, bajando

por una larga serie de intermediarios, se llegaba hasta la base compuesta por los trabajadores, que recibían en adelanto todos los bienes necesarios para su trabajo a cambio de caucho. Como explica Córdoba citando a Mario Guedes en la introducción del libro: “La Amazonía es la tierra del crédito. No hay capital. El siringueiro debe al ‘patrón’, el ‘patrón’ debe a la ‘casa aviadora’, la casa aviadora debe al extranjero, y así” (22).

Este sistema de reclutamiento –conocido como “aviamento” o “habilitación”– era muy difundido y, aunque en algunos casos (como para los dos suizos) fuera voluntario, la mayoría de las veces se trataba de un “enganche” forzoso que asumía todos los tintes de la estafa, hasta convertirse en una verdadera forma de esclavitud legalizada, ya que en la práctica resultaba imposible saldar las deudas. Las principales víctimas de este sistema fueron en gran parte los moradores autóctonos de la selva: los pueblos indígenas que, por varias razones, entraron en contacto con el mundo capitalista de molde occidental. Estos trabajadores, además de las obligaciones impuestas por las aplastantes deudas, en muchas ocasiones eran sometidos a vejaciones de todo tipo y en particular a castigos físicos que contribuían a minar su resistencia. Si bien en Bolivia no se llegó nunca a escándalos de la magnitud de los delitos cometidos en los dominios del peruano Julio César Arana –en la región del Putumayo, en la frontera entre Perú y Colombia– donde las poblaciones huitoto, bora, ocaína y andoque fueron completamente diezmadas por los caucheros, también en la selva boliviana tuvieron lugar numerosos abusos contra los trabajadores indígenas.

Sin embargo, la lectura de los relatos de los dos suizos nos presenta unas relaciones más bien amigables entre las poblaciones indígenas y los trabajadores de origen occidental o mestizos. Es más: Franz Ritz asevera que las condiciones de los indígenas del río Beni no pueden en absoluto compararse con lo que había pasado en el Putumayo, poniendo en duda, además, el real acontecimiento de tales atrocidades. De hecho, Ritz parece convencido de la mala fe del cónsul británico Roger Casement, el mayor denunciante de los delitos de los hombres de Arana y, hablando de la selva boliviana, sostiene que, si hubo algún exceso en el castigo de los trabajadores, esto no se debía en ningún caso a la responsabilidad de los europeos. El suizo rebaja categóricamente la importancia de tales violencias y critica duramente a los “abogados ávidos de notoriedad [que] aprovechaban tales ocasiones para exagerar considerablemente los

casos, propagando rumores sobre horripilantes y refinadas crueldades cometidas por los blancos” (112).

Con la misma presunción, pocas páginas más adelante, Ritz relata otra forma de conseguir trabajadores para la recolección de la goma: las tristemente famosas “carrerías”, en las que los “siringueros” blancos mataban a los indígenas adultos para secuestrar a los niños, que en pocos años se convertirían en fieles y obedientes peones.

El texto de Leutenegger, al contrario, al abordar la temática de las violencias y los abusos nos presenta una mirada más desencantada: en primer término, admite que ninguna de las historias que se narraban sobre el Putumayo “resultó ser una invención” (194); luego reconoce que el durísimo trabajo de los recolectores servía sólo para alimentar el “río de oro que fluía hasta los bolsillos de los especuladores de goma en Manaos, Pará, Nueva York y Londres” (211); y por último (tal vez para reivindicar su honradez y ética), se muestra escéptico ante el uso de la fuerza para mejorar el rendimiento de sus trabajadores.

Más allá de las posiciones personales de los autores respecto a los métodos coercitivos utilizados en la recolección del caucho, los dos textos tienen un inmenso valor histórico y documental que contribuye a dibujar con más datos las esquizofrénicas relaciones interétnicas en el interior de la selva amazónica y, citando una vez más a la editora del libro, “nos brindan elementos para reflexionar [...] sobre las ambigüedades, las contradicciones, los claroscuros o las zonas grises de la industria del caucho en la Amazonía boliviana” (41). Sería sin duda alguna sugestivo poder contrastar las versiones de los dos suizos con el testimonio de los indígenas con los que entraron en contacto, así como resultaría interesante leer las denuncias contra Leutenegger, de las que el mismo autor habla como actos de represalia por parte de ex trabajadores despedidos por ser vagos e improductivos.

Por su parte, el ensayo introductorio de la estudiosa argentina nos proporciona una cuidadosa síntesis del auge del caucho en Bolivia y un atento análisis de los textos de los dos suizos, además de indicar valiosas sugerencias bibliográficas que permiten al lector profundizar la temática a través de textos de múltiples disciplinas.

Finalmente, fundamental importancia en el libro de Córdoba y en los dos textos de los suizos tiene el elemento visual: Ritz reproduce en su obra veintidós fotografías (algunas de las cuales pertenecen al geólogo

alemán Friedrich Ahlfeld) que acompañan al lector en un viaje a través de la exuberante naturaleza amazónica, enseñan varios momentos del trabajo en la selva (la tala de los inmensos árboles, la recolección y el ahumado de la goma etc.) y al mismo tiempo entregan a una memoria imperecedera los rostros de los trabajadores indígenas, mestizos y blancos empeñados en tales actividades. Tienen parecido carácter evocador las ilustraciones presentes en el trabajo de Leutenegger, realizadas por el artista suizo Giovanni Müller que, con un estilo realista y expresivo, consigue representar y sintetizar los varios episodios narrados por el autor.

Al final del libro tenemos además un notable anexo fotográfico y documental en el que encontramos mapas y fotografías (de la época y actuales) que develan a los ojos del lector los lugares fundamentales de las dos narraciones, los rostros de los protagonistas y los semblantes de los personajes “no-humanos” como las embarcaciones fluviales o las “bolachas” de caucho.

Para terminar, el libro editado por Lorena Córdoba tiene el gran mérito de haber publicado en castellano las palabras en primera persona de los protagonistas. Enseñar visualmente la realidad de la época del caucho significa avanzar hacia la comprensión cabal de una fase histórica y social que no tiene que ver solamente con la economía regional o estatal, sino que atañe a toda una serie de ámbitos de la vida que siguen influenciando hoy en día la poliédrica sociedad amazónica.

Stefano Pau
Università di Cagliari



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).